



LAS PALMAS
DE GRAN CANARIA

Luis García de Vegueta
Cronista Oficial de Las Palmas de Gran Canaria

En los siguientes textos se recogen algunas pinceladas sobre la vida isleña en diversos momentos. En ellos, la ciudad muestra su pulso vital, con las nuevas costumbres que llegan a sus calles y que se mezclan con recuerdos y cuadros de otras épocas, viajeros de otras latitudes que se impresionan con nuestros paisajes, y vivencias de hondo arraigo popular acuñadas en las riberas del Guinguada.

DE RE COQUINARIA

En cualquier rincón de la zona turística, en un zaguán o bajo una escalera, florecen esos puestos de hot dog y hamburguesas con salsas de diversos colores que ofrecen al transeúnte calmar el apetito a cambio de una moneda de níquel.

En cuestión de salsas la gente joven se inclina por el catsup, cuando no por la mostaza, como si recordaran la opinión de una joven actriz en Bethel Merriday, de Sinclair Lewis, extasiada ante la romántica leyenda que exhibía la etiqueta de la botella “elaborado exclusivamente con tomates maduros, cebolla, sal y especias raras importadas de Oriente”.

Las hamburguesas o “hamburgers” llegaron a nuestra ciudad con el gran turbión del turismo. Su nombre recuerda a la famosa Hamburgo o “ciudad

del jamón”, según una traducción literal. Un cocinero nativo introdujo las hamburguesas en Estados Unidos, precisamente en 1884, y desde allí se difundieron por toda América y luego regresaron a Europa durante la Primera Guerra Mundial. Los americanos, tan aficionados a las estadísticas, han señalado treinta y tres variedades de hamburguesas. Las principales: “chickenburger”, a base de pollo; “rabbittburger”, de conejo; “turkeyburger”, de pavo; “turtleburger”, de tortuga, etc. Aquí, en Las Canteras, cualquier día inventan la “greenfishburgeer”, es decir, la hamburguesa de gueldes playeros.

En la novela *Paz y Tranquilidad* de Thomas Walhs se describe una comida típica de allende el Atlántico que no nos resistimos a copiar en su integridad: “La cena fue excelente: pollo frito y jamón en lascas, maíz tierno y espárragos, patatas majadas y lechuga con pepinillos y cebollitas en vinagre, remolachas y cuatro clases de conservas más. Después del postre –pastel de moras y limón, los me3locotones y albaricoques de la tía Berta, una jarra de crema espesa y un plato de tortitas- salieron todos a la galería...” No nos extraña que después de ingerir tal revoltijo, los comensales se sintieran impedidos a tomar el aire fresco del exterior.

En nuestro ambiente, sobre todo entre la gente mayor, se ha impuesto la sobriedad a la hora de la cena. Ya pasaron a la historia los potajes nocturnos con queso y gofio, así como los platos de carne o pescado con condimentos picantes, y los postres de almendras y miel de caña. “Ejercicio y comer ligero”, recomienda la buena doctrina.

Y veamos, los mayores, si podemos llegar al 2000.

1779, HUMBOLDT

No todo el mundo sabe que el ilustre naturalista Alejandro Ion Humboldt desembarcó en la isla de La Graciosa a su paso para el continente americano. El hecho ocurrió el 17 de junio de 1799, dos días antes de llegar a Tenerife, y la razón de tal recalada la explica el viajero en carta a su hermano Guillermo. “Tomamos tierra en Graciosa para enterarnos si nuestra ruta se hallaba libre de naves enemigas y si las fragatas inglesas cruzarían hacia Tenerife; en vista de los informes negativos seguimos nuestro camino y llegamos felizmente sin percibir un solo navío. Cosa increíble: una hora después de nuestra llegada, seis fragatas inglesas aparecieron ante el Puerto (de la Cruz u Brotaba). Nada temos de temer de ellas hasta las Indias Occidentales.”

Humboldt se siente satisfecho con la acogida de los isleños, tanto militares como civiles, y algunos miembros de la colonia inglesa. Sobre todo, le extraña la amplia cultura de las mujeres. Ha visto el célebre drago de los Francia, con una circunferencia de 45 pies. Explica que cuatrocientos años antes, en tiempos de los guantes, tenía el mismo grosor.

Veamos algunos fragmentos de la carta a su hermano. “Anoche –escribe el 23 de junio, por la noche– regresé de Pico. ¡Qué maravilloso espectáculo! ¡Qué delicia! Estuvimos dentro del cráter a una profundidad a la que seguramente no ha descendido ningún explorador... ¡Dios mío, qué sensación en esa altura! Sobre nosotros la bóveda azul oscuro del cielo; a nuestro alrededor el impresionante espectáculo de varias millas cuadradas de piedra pómez rodeadas de bosques de laureles; más abajo, viñas y plataneras que se extien-

den hacia el mar; los pueblos graciosamente enclavados en la costa, el mar, y las siete islas, entre ellas La Palma y Gran Canaria con sus altos volcanes a nuestros pies. Se desenrollaba un mapa...”

He aquí un personaje, como tantos otros, que quedó impresionado por la naturaleza canaria. Se cuenta que al encontrarse ente el valle de la Brota se postró en tierra y dio gracias a Dios por haberle permitido conocer tal maravilla ¿Es verdad que repitió la frase en otros parajes americanos? No importa, sus propias palabras demuestran la sinceridad de sus opiniones sobre las Islas.

“Consternado me alejo de esta tierra; quisiera fijar aquí mi residencia, cuando apenas he abandonado los países europeos. ¡Si tú pudieras ver estas campiñas, estos bosques milenarios de laurel, estas uvas, estas rosas!”

LA VIDA, CABALLEROS

Hace algún tiempo, en Buenos Aires, oí decir que un aburrido es esa persona a quien saludas, diciéndole “¿cómo estás?” y te lo cuenta con todo detalle, incluidos los remedios que le ha recetado el médico para mantener a raya su tensión arterial o la manera de cortar de raíz los traidores catarros del invierno. Una catarata de palabras, amigos, y el deseo angustioso de escapar indemne de aquel maremoto que se te viene encima.

No he vuelto por Argentina y por tanto ignoro si sigue vigente la loable costumbre de aquella época: las farmacias permanecían abiertas las 24 horas del día. Por cierto, tampoco cerraban su puertas (“en jamás de los jamases”, que diría don Mando) las librerías, para gozo y diversión de los aficionados a la literatura. Ya conté en otra ocasión el feliz encuentro en plena madrugada de un libro del escritor mejicano José Rubén Romero, del tiempo de Pancho Villa, y cómo me invitó el librero a pasar a la trastienda donde unos españoles nostálgicos se reunían en animada tertulia. Enfrente había vivido Ramón Gómez de la Serna, que nunca se retiraba a su casa sin saludar antes a sus amigos tertulianos. Allí encendió, improvisadas, algunas de sus mejores bengalas verbales, las greguerías.

En nuestra ciudad las farmacias tienen unos turnos estrictos y el enfermo que necesita una medicina en días de fiesta ha de contar con la pejuguera de los facultativos de guardia y la posible lejanía del establecimiento en cuestión. Además, según aconseja la prudencia, no conviene ejercer la automedicación a mansalva, sin cortapisas. En otros países, al menos los europeos

de mayor grado de civilización, pues de todo hay en la viña del Señor, los médicos tienen a gala no permitir que las pacientes se percaten del alcance de sus dolencias.

Aquí cualquier ciudadano se entera por el mismo doctor de si tiene tensión alta o baja...Un asunto, que según el especialista alemán o finlandés corresponde al médico, no al sufriente profano, y así se evita una preocupación añadida a la gente del común, que anda como loca tomándose en la farmacia o por sí misma la presión arterial.

Al menos, así evitaríamos a tanto aburridor que anda suelto por ahí.

EX RÍO GUINIGUADA

La gente de la ciudad antigua, Vegueta y Tirana, se emociona al leer en el periódico que algún día volvería a abrirse el cauce del barranco, nuestro querido ex río Guiniguada. Un paisaje único, excepcional, volvería a enriquecer el panorama urbano: el puente de Palo, con el vago recuerdo de la tabaquería, la bohemia del café Polo y la tienda del señor El MIR, y a la izquierda (aguas arriba) la calle de Lonjas, con la parada de guaguas, el bar del ron con "rebozado", el afilador y la dulcería, y al otro lado, la calle del Sol, luego Lentini, y la bajada hacia el Pérez Galdós. Y por arriba el puente de Palo, donde se arremolinaba la gente cuando corría el barranco, y muy cerca de la Plazoleta, con la tertulia mañanera de don Eduardo, el señor Bordé y Paco Sarmiento. En fin, un paisaje entrañable junto a la plaza de Mercado, el olor a churros, los betuneros, la borrachera el Camello, el ir y venir de la gente, las sirvientas, la esquina de la Pelota. Y por allí, con acceso al cauce del Guiniguada, el almirante y buscador de oro Andrés Déniz, con su largo gabán para el frío de la noche, y los pies descalzos o, si lo prefieren, los "ñoños" al aire. Un mundo ya desaparecido, cuando en tiempos del alcalde Ramírez Bethencourt una obra de ingeniería, más que de urbanismo, enterró el panorama más entrañable de la ciudad.

¿Volverá atrás el tiempo? ¿Y la gente? Por desgracia, nadie tendrá otra oportunidad, ni las cosas serán las mismas de antaño. Ni siquiera los entes de ficción, como el de Pepe Monagas, Pancho Guerra, podrán repetir sus peripecias vitales en estos lugares, cuando el mismo Pepe, al verse tambaleante, preguntaba a un transeúnte si llevaba la tembladera del rabo torcida, como

las cometas ante una racha de viento. Tampoco podrá reconstruirse el escenario, sea el puente de Palo o el ambiente bohemio y las mesas de mármol del Polo. Ya un soñador de antaño, Salvador Cuyas y Prat, quiso ahondar el cauce del Guinguada para que se convirtiera en una especie de canal navegable. La idea era magnífica y sólo falló un detalle, el dinero. La gente de entonces no tenía imaginación. Ahora contamos con el pueblo.